

APENDICE.

APENDICE.

EL MARISCAL

CONDE VON MOLTKE.

La inmensa y propia fuerza de la monarquía prusiana es debida, entre otras causas, á la especial manera con que los Hohenzollerns han sabido mantener la invariable frugalidad de sus costumbres y á su inquebrantable moderacion en la concesion de recompensas. Ellos no han tenido jamás necesidad de comprar á nadie. Desde el primero hasta el último de la familia; desde el primer rey hasta el primer emperador, los Soberanos de la Prusia han sido siempre excepcionalmente independientes en sus dominios, con una riqueza individual á su disposicion, siguiendo con perseverante voluntad una sola y ambiciosa línea de política tradicional. Con un territorio un poco mas grande que el de la Holanda, pero mucho ménos productivo, han aspirado á una alta posicion, mantenida dignamente entre los potentados mas poderosos del mundo; se han hecho respetar por los embajadores de las potencias mas altivas, reconociendo apenas precedencia en el Emperador de Alemania. Ellos han llegado á ocupar la posicion que precisamente incita mas á las prodigalidades, y sin embargo, seis generaciones transcurridas durante 150 años

han conservado, en la exterioridad oficial de la política y en el manejo de sus intereses privados, la inviolable tradicion de una economía llevada á veces á un grado un tanto exagerado. Un miembro de la familia, especie de Borbon del Norte, resultó inclinado á la magnificencia y el boato; pero, ante la santidad de la tradicion tuvo que reportar sus gustos, sacrificándolos al principio que forma la base principal de la conducta de esta singular familia. Hoy, los Hohenzollerns, son los príncipes mejor servidos de Europa y los que expenden ménos en el pago de sus servidores. Puede asegurarse que á nadie se paga en Prusia arreglado al valor real de su trabajo, sino en una proporción muy inferior. La aristocracia, que en lo general pertenece al ejército, se halla sometida á dotaciones talmente cortas, que disgustarían como remuneración por su trabajo á los dependientes de un establecimiento industrial de segundo orden: los hombres distinguidos por sus luces y talentos, pero sin medios propios de subsistencia, congregados en una corporación de las más útiles al Estado, reciben por toda retribución una corta suma, que en otro país no bastaría á contentar á un simple amanuense de oficina.

La paga de un general equivale á la de un capitán en Inglaterra, y la de un prefecto, que tiene á su cargo la autoridad tutelar de un gran distrito, á la de un oficinista de primera clase: la mayoría de los empleados de primer orden, que inician, dirigen y gobiernan en el más alto grado los ramos principales de la administración, observan un método tan severo, compelidos á dar pruebas de su modestia, que difícilmente podría

acomodar á la parquedad habitual de un abate ó de un maestro de primeras letras. El más rígido sistema de economía prevalece en todos los despachos que dependen del gobierno, y los oficiales que los desempeñan han llegado á tal punto á penetrarse de él, que su más puntual observancia es una especie de culto que nadie se atrevería á violar, sin exponerse á un descrédito perjudicial á su carrera. A esta hora, el rey, que por el aumento sucesivo de sus propiedades es probablemente uno de los príncipes más opulentos de Europa, sino el primero en esta línea, creería presentar una dádiva considerable á una población afligida por la inundación, la miseria ó el incendio, con un envío de 5,000 *thalers* que equivalen á \$3,750; y se sorprendería en extremo al saber que no se estimaba ese monto como un verdadero obsequio régio. En medio de las incesantes querellas con el parlamento, con motivo de los pedidos extraordinarios, el tesoro del *Schloss*, que cuenta por lo regular con 7,000,000 de libras, se ha conservado siempre intacto, excepto en el caso urgente de la guerra que obligó á invertirlo en las atenciones de la campaña, tales como la inmediata movilización de las tropas. En la última contra la Francia, la más grande que ha presenciado el siglo actual, el gobierno se vió forzado á emprender un empréstito, cuyo monto en Londres habría sido tomado como un asunto del momento para olvidarlo al siguiente día. Hasta fines de Noviembre del mismo año el ejército alemán había consumido veinte millones de libras, y aunque en Diciembre se pidió al país un nuevo subsidio de 16,000,000, las provincias obtuvieron reducirlo á doce.

Parte de esta economía es debida, sin duda, á la libre práctica de las requisiciones militares en país ocupado, en cuyas primeras nociones Napoleon I inició á los alemanes en la campaña de 1806; pero su principal sostén consiste en una frugalidad tan determinada, que un oficial decia una vez: "Nuestra tesorería es la posicion mas inexpugnable del mundo: todos los arsenales reunidos no lograrían intimidarla." Este rigor tradicional, no solo ha continuado bajo la actual administracion, sino que para hacerlo mas intenso se han suprimido algunas dotaciones sospechadas de manejos no muy puros, ejerciéndose la vigilancia hasta un grado en extremo riguroso. El servicio de hospitales, por ejemplo, en la campaña, se resiente de esa excesiva parsimonia: el cuerpo médico es muy limitado; no se procuran comodidades á los pacientes; no hay en suficiente cantidad vestidos á propósito para desembarazar á los heridos de sus uniformes ensangrentados. La falta de quinina, del vino y de todo aquello que requería comprarse, segun los informes publicados por el cuerpo médico internacional, se hizo muy notable en el curso de la última guerra contra Francia; y el desuso del cloroformo se debió parcialmente á la antipatía por un gasto, que un poco mas de sufrimiento por parte de las víctimas podia hacer inútil.

Ningun general, por alta que sea su posicion, puede nunca prepararse una fortuna. Al baron von Dreyse, inventor del fusil de aguja, solo se le acordó una corta retribucion. Se trata nada ménos que de los hombres mas eminentes por sus servicios; pero el Estado los acepta simplemente sin la intencion de comprarlos por

lo que valen; lo cual no impide que se presten con una voluntad excepcional, y, casi podría decirse, con entusiasmo y ansiedad de que sean admitidos. No hay ejemplo, en la historia prusiana, de un servidor del Estado que haya sido recompensado, como lo fueron en Inglaterra Marlborough, Wellington, lord Hardinge, ó Delhousie. Despues de Sadowa el parlamento votó una suma, á disposicion del rey, para distribuirla entre los héroes de esa gloriosa jornada. El conde de Bismark, que dió á la Prusia la supremacía de la Alemania, recibió una propiedad que bien podría valer 50,000 libras, y el baron von Moltke una suma equivalente á £15,000. Se comprende muy bien que el valor material de estas recompensas dista mucho de la munificencia régia; pero tampoco, tomadas en cuenta las costumbres oficiales de la Prusia, debe estimarse como incompetente al mérito contraído. El rey es dueño de sus súbditos, en toda la acepcion de la palabra; y si en materia de recompensas no muestra la prodigalidad de las otras córtes, sabe al ménos estimar y mantener en su consideracion á los buenos servidores del país. Uno de estos ejemplos, acaso el mas palpable, es el que presenta actualmente su ministro favorito Bismark.

No ha mucho tiempo se publicaron varias relaciones, muy fundadas, respecto de los peligros que amenazaban al ministro á causa de la implacable persecucion de un grupo de ancianas damas legitimistas, que á menudo, por su influencia con el rey, embarazaban, cuando no destruian, sus bien calculadas combinaciones. Si el mundo no está mal informado, dos ó tres veces ha in-

tentado resignar su posición, en la cual ha continuado cediendo al mandato real. El conde Bismark Schönhausen ha sido promovido á la alta dignidad de príncipe, dueño del mundo, hasta cierto punto, en el campo de la política en que ha luchado como atleta, venciendo á sus adversarios; pero, en su condición de súbdito alemán, su sumisión no será ménos reverente ni profunda al Soberano que le es deudor de su supremacía en Europa, y del alto puesto que ha realizado los dorados augurios de las leyendas alemanas. Mucho se dijo después de Sadowa, que Bismark recibiría el título de duque de Lauenburg, con el gobierno de ese país separado aún de la Prusia; pero los prusianos sonrieron sin dar crédito á tal rumor: Bismark sirve á los Hohenzollern, dijeron, no á Napoleon: su mejor recompensa sería la facultad de grabar sobre su escudo esta inscripción: "*El mas fiel de los súbditos de mi Augusto amo.*" El se honra demasiado con que el Soberano admita su consejo y esto es tanto, cuánto que no muchos pueden jactarse de tener esa fortuna. La conducta que se observa con el gran hombre de Estado es incomprensible, porque, después de todo no hace mas que engrandecer á su Soberano, sin obtener para sí otra cosa que la celebridad de sus victorias diplomáticas. La austeridad de la gran dinastía alemana, en materia de recompensas honoríficas, ha sido tan glacial como excesiva su parsimonia en las distribuciones pensionarias, que tanto contribuyen al brillo de los astros que circundan á la magestad régia.

El mundo político no se ha escusado de llamar la atención hácia esta singularidad que solo en Alema-

nia tiene el privilegio de producir héroes de alta talla como el célebre von Moltke, y Steinmetz, el león de Skalitz. El éxito de las campañas que han conducido á la Prusia al apogeo del poder, ha sido debido, sin duda, al génio de von Moltke. "Los resultados comprueban la superioridad del general," segun el axioma militar admitido universalmente, y si por ellos se juzga al jefe del Estado Mayor alemán, habría que convenir en que ningun Soberano tiene hoy la fortuna de poseer un caudillo como von Moltke, que con un ejército reorganizado y compuesto casi en totalidad de soldados que jamás habian combatido; habiendo tenido que crear una escuela especial de generales, alterar la ciencia y reformarla en un sentido adecuado á sus proyectos, abrió y terminó una campaña en siete semanas, derribando el poder del imperio austriaco sobre el mismo terreno que hizo retroceder á Federico el Grande, y luego en otra de tres meses desarmó y subyugó á la mas potente de las monarquías militares. En esta rapidísima sucesión de victorias, sin precedente en la historia militar, el observador no puede ménos que señalar la gran figura de von Moltke, como la providencia del ejército alemán: como el autor de todos los planes, que con rara exactitud fueron conducidos á un desenlace que ha llenado de admiración al mundo. Su solo cerebro ha valido tanto como un ejército de 100,000 hombres; tanto cuánto Napoleon I valió á los héroes de los cien combates. Frescos aún los lauros de Sadowa, Gravelotte y Sedan, en el aniversario de su nacimiento, á los 70 años cumplidos en Versailles, al frente de París, el Soberano concede á su poderoso

general y humilde súbdito un título de conde ; es decir, le permite avanzar un pequeño paso en la honorífica gerarquía social, como en muestra de estima al que en la punta de su espada y con una rodilla en tierra le presentaba la corona de Carlo Magno. Pocos días despues dos príncipes de la sangre, que sin duda habían combatido con valor y ganado señalados triunfos, pero, que en realidad no eran mas que hábiles instrumentos en manos de von Moltke, fueron promovidos á mariscales de campo, superiores en la gerarquía militar al génio que los habia guiado, como por la mano, á la victoria. En los momentos de recoger el triunfo, con toda su voluntad subordinada aún al consejero salvador, que, sin embargo, no será premiado, el príncipe mas poderoso del universo, glacial y deliberadamente prefiere los títulos de la sangre á los del mérito y el saber, probando con esto que si sus generales son capaces de dominar el mundo, no por eso disminuirá su obligada condicion de súbditos de la Prusia.

Hay algo de maligno en nuestros tiempos al suponer que el obrero debe admitir como una honra los útiles que recibe de su amo por trabajar en su provecho ; y se necesitaría cegar de ambos ojos para dejar de comprender la fuerza manifiesta de un acto semejante. La terrible debilidad de todos los gobiernos modernos es la indispensable é inevitable precision de comprar ó pagar á precio muy subido el apoyo ó la cooperacion de todas las clases, necesidad que no se conoce en la monarquía prusiana. El Estado, y el rey como su representante, no se hallan en el caso de conciliar las individualidades, ni aún del hombre que medita la vic-

toria y que la obtiene, como si se tratara de resolver un problema matemático. Esta es la obligacion del puesto en que se encuentra, y siendo así, dice el Estado y en su nombre el rey ¿qué mejor aliciente que el de cumplir con su deber para hacerse digno de su empleo ? Si von Moltke hubiera servido á una república, sus ambiciones habrían sido muy temibles. Si á Napoleon, habría sido recargado de honores, riquezas y territorios, para temerlo despues como su rival, su enemigo ó sucesor. Como súbdito prusiano el rey lo admira sin inquietud y se fía á él con la confianza de ser bien servido : no tiene necesidad de alhagarlo, ni mucho ménos de sobornarlo : sabe que no tiene rivales que le susciten peligros ; enemigos interiores que le amenacen, ni oponentes individuales que caben ó minen su autoridad. El es el dueño, por derecho de nacimiento, en el apogéo ó la adversidad, sobradamente fuerte para aniquilar el mas leve signo de hostilidad, poderoso para reconocer y premiar á un ilustre súbdito ó abstenerse de ello segun le plazca, en una palabra : su voluntad es única, no reconoce límites y la nacion se plega á ella sumisamente. Si envaina y cuelga en el puesto de honor su temible espada, ¡ Viva el gracioso Soberano ! si la desnuda en tono amenazador, ¡ Viva el valeroso Soberano ! Tal es la soberanía prusiana y los deberes que impone á la mas poderosa y temible de las naciones en el Continente de Europa. Hemos querido describir algunas de sus peculiaridades en lo que toca á los hombres eminentes que la han engrandecido. Hemos admirado á von Moltke por su espíritu militar, por su inquebrantable disciplina y por su

abnegacion á su Soberano ; lo hemos admirado como el gran estrategista de la época, que ha tomado la iniciativa en las reformas del arte, cuyos asombrosos resultados no tienen rival en los anales militares.

Harl Hellmuth Bernhard, conde von Moltke, nació en Parchim, Mecklenburgo, el 26 de Octubre de 1800 y pertenece á una de las mas antiguas y distinguidas familias, que tanto á la Alemania como á la Dinamarca habia dado ya varias celebridades en la política. Poco despues de su nacimiento, su padre, militar de profesion, se separó de Mecklenburgo, estableciendo su residencia en una pequeña propiedad adquirida cerca de Holstein, en donde el jóven von Moltke pasó los primeros 12 años de su vida, y esto es lo que ha inducido á varios escritores á citar incorrectamente, como su tierra natal, la ciudad de Holstein. En union de su hermano mayor fué enviado á la Academia militar de Copenhagen, en donde la severa disciplina, la buena instruccion y la frugalidad de la institucion, ejercieron un favorable efecto en su entendimiento estableciendo las bases de un carácter sólido y enérgico. En 1822 entró á servir en el ejército prusiano en una clase muy inferior. En esa época su familia habia agotado ya del todo sus escasos recursos, dejándole sin medios suficientes y atendido al escasísimo haber de su posicion, por lo que, á menudo, tuvo que experimentar las rigurosas privaciones á que de ordinario están sujetas las clases inferiores de la milicia. Sin embargo, gracias á la voluntad de hierro que guiaba sus acciones, consiguió reunir unas cortas economías, que invirtió en el aprendizaje de las lenguas modernas, las cuales en el curso

de su vida le han sido tan provechosas; en seguida se dedicó al estudio de las ciencias físicas. El célebre Humbold, probablemente, no pudo haber estudiado con mas celo y tenacidad que von Moltke la estructura topográfica y geológica de los paises adyacentes. Aunque sin amigos influyentes que lo favorecieran, sus progresos, su intachable conducta y su apego al estudio se hicieron tan notables, que sin intentarlo se encontró, cuando ménos lo esperaba, con una posicion en el Estado Mayor, que fué, por decirlo así, la cuna y origen de su brillante carrera, obteniendo, debido á su mérito reconocido, y con una rapidez rara en un cuerpo especial de esa naturaleza, los ascensos inmediatos.

En 1835 fué enviado por su gobierno á Turquía y al Asia Menor, con el objeto de estudiar de cerca la guerra que estalló entónces entre el Sultan y Mehemet Alí. Allí permaneció durante cuatro años, y sus detallados informes demostraron que habia llenado su comision, penetrándose perfectamente de la cuestion Oriental.

A su regreso publicó, sin dar su nombre, varias obras descriptivas de gran mérito concernientes al país que acababa de estudiar y á la guerra egipcia.

Grado por grado, entre tanto, habia ya alcanzado el alto rango de teniente general, y finalmente la delicada y árdua direccion del Estado Mayor general del Ejército prusiano. Con este carácter, y con la actividad que solo es peculiar á los hombres superiores que saben valorizar el tiempo, emprendió la reforma, en todos sus detalles, de la Constitucion militar, organizando bajo un nuevo método el ejército y la *landwehr*, á cuyos trabajos perfeccionados se han debido incuestionablemente